

IESE



Universidad de Navarra

EL ANARQUISMO EN LA HISTORIA

José Ocáriz*

DOCUMENTO DE INVESTIGACION N° 42
Septiembre, 1980

* Profesor de Análisis Social y Económico para la Dirección, IESE

División de Investigación
IESE

Universidad de Navarra
Av. Pearson, 21
08034 Barcelona

Copyright © 1996, IESE
Prohibida la reproducción sin permiso

EL ANARQUISMO EN LA HISTORIA

Resumen

Este trabajo, continuación de los Documentos de Investigación del IESE nº 37, «La ideología anarquista», y nº 41, «Otros autores anarquistas», pretende enmarcarlos en su contexto histórico, y ofrecer una síntesis de la esencia anarquista y de sus diversas variantes.

EL ANARQUISMO EN LA HISTORIA

El anarquismo: su esencia y variantes

La idea medular, y al mismo tiempo actitud vital de todo anarquista, consiste en su incondicional negación de toda autoridad y de toda coerción; esto se concreta en el rechazo de toda religión, Estado, ley, gobierno y cualquier tipo de institución que no sea voluntaria en todos sus aspectos. Unida a esta afirmación de total independencia, los anarquistas tienen que afirmar también, por elemental coherencia, la bondad natural del hombre; son las instituciones coercitivas las que lo hacen malo. «¡Liberemos al hombre de todas sus ataduras y resultará una sociedad libre y armoniosa!»

Este grito de rebelión, intelectual y vital, ingenuo y trágico, ha producido a lo largo de la historia múltiples ecos: tantos como anarquistas; sin embargo, dado el punto de partida, todas coinciden, además, en algunas de sus consecuencias necesarias, tales como el apoliticismo, libre asociacionismo y anticentralismo.

El apoliticismo, consecuencia de rechazar la autoridad por más democrática y representativa que ésta pueda ser, recurre, para sustituirla, a la «acción directa», en la que tanto los individuos como los grupos actúan por sí mismos, sin otorgar su representación a nadie; a lo más que se puede llegar, sin caer en la trampa de la política y, por tanto, sin esclavizarse a la autoridad, es a elegir «mandatarios» para gestiones concretas y claramente definidas. Nadie puede representar a nadie, como se pretende en el parlamentarismo democrático, en una multitud de asuntos no claramente definidos a priori, sin que el representado decline su dignidad de hombre libre, el representante se convierta en autoridad, y ambos se corrompan.

La libre asociación, llevada por el anarquismo a sus términos más radicales, exige el «derecho de unión y secesión»; si las personas o grupos no fueran libres para establecer o romper cualquier tipo de pacto, serían esclavos de quien se lo impidiese. El caso de no poder romper unilateralmente un pacto, supondría que éste se había erigido en autoridad y sería, por tanto, un pacto esclavizante. Toda unión ha de ser «una unión libre entre hombres libres».

Un sentimiento profundamente arraigado en los movimientos anarquistas, consecuencia inmediata de su punto de partida ideológico, es su aversión hacia cualquier tipo de centralismo. Este sentimiento ha sido una constante netamente diferenciadora de las actitudes anarquistas respecto de los movimientos de ideología marxista, y origen de profunda enemistad y lucha entre unos y otros.

Conviene también resaltar aquí, como rasgo fundamental del anarquismo, su antirreligiosidad, siendo la motivación más común para ello el ver en Dios la suprema

representación de la autoridad. Caso aparte es el anarquismo de Tolstoi, anarquismo de base religiosa, aun cuando enemigo de todas las Iglesias existentes.

En cuanto a la actitud que sobre el tema de la propiedad han mantenido los anarquistas, no ha existido unanimidad más que en su acusación a la sociedad, y muy especialmente a las capas altas, a los gobiernos y a las instituciones «burguesas», de la miseria en que han mantenido postrada a la clase trabajadora para defender la propiedad de los ricos. Esta acusación no es, evidentemente, un rasgo específico del anarquismo, ya que muchos reformadores sociales, de distintos signos, han clamado por la injusta distribución de la riqueza. La postura anarquista se despliega entre un sector moderado, de filiación proudhoniana, que admite la propiedad privada, con limitaciones, y los más exaltados anarcocomunistas que pretenden la abolición de toda propiedad privada. El sector más numeroso, sin embargo (el anarco-colectivista en sentido estricto), pretende solamente colectivizar los medios de producción y organizar la sociedad de forma que disminuyan drásticamente las diferencias en la posesión de bienes privados, actuando primordialmente sobre las herencias.

También en el capítulo de remuneraciones o, en términos más generales, en el del reparto de la riqueza, se dan, desde los moderados que propugnan: «A cada cual según su trabajo», hasta los más radicales (anarcocomunistas), cuyo lema es: «De cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad».

Por lo que respecta a cómo deberá realizarse la transición desde la sociedad actual a la anarquista, existe también una amplia gama de puntos de vista, abarcando desde el pacifismo extremo de León Tolstoi, que preconiza como única arma el amor hacia los hombres y la resistencia pasiva a toda orden emanada de la autoridad, hasta el radicalismo de Bakunin, que clama por una revolución sangrienta, destructora del orden actual, pasando por el relativamente moderado anarquismo de Proudhon, que preconiza la automarginación y boicot (del apellido Boycott) de los trabajadores a toda empresa e institución de la burguesía, con desarrollos paralelos de empresas y actividades de los propios trabajadores.

La mayoría de los movimientos anarquistas contemplan como momento crucial en el advenimiento de la sociedad anarquista el de la *huelga general revolucionaria*. Para que ese momento pueda llegar, habrá que prepararlo perseverantemente (los anarquistas rechazan la visión determinista de la historia); será preciso que los militantes anarquistas (la «minoría consciente») vayan mentalizando a la clase trabajadora con los principios anarquistas y secundando las huelgas, de cualquier tipo, que los trabajadores puedan emprender como un medio magnífico para el robustecimiento de la «conciencia de clase» y de aprendizaje activo para el gran día de la huelga general.

Otro aspecto en el que el anarquismo se ramifica también en corrientes de pensamiento es el referente a cuál debe ser considerada como célula fundamental de la sociedad. Para unos, es la familia natural, a la que hay que proteger y depurar de toda adherencia legal o religiosa; en general, pertenecen a esta corriente los proudhonianos. Para otros, es la comuna, y niegan a la familia cualquier pretensión de personalidad social; en general, piensan así los bakunianos. Superpuesta a esta división, hay que mencionar la corriente anarcosindicalista, que, ya sea proudhoniana o bakuniana, considera que el sindicato profesional es la estructura básica para la lucha actual, y que seguirá siendo básica, junto a la familia o la comuna, en la futura sociedad anarquista.

Aun cuando se trate de un aspecto más histórico que ideológico, no se puede concluir esta exposición sintética sobre la esencia y variantes del anarquismo sin mencionar el dramáticamente célebre terrorismo anarquista, la llamada «propaganda por el hecho», que

en el último tercio del siglo XIX y primero del XX proliferó por Europa entera y salpicó incluso a Estados Unidos con la sangre de uno de sus presidentes. Hubo grupos anarquistas que recurrieron al asesinato espectacular, como aldabonazo épico para despertar a las masas trabajadoras y convencerles de que no necesitaban resignarse con su triste suerte, que podían salir, por su propia fuerza, de la situación en que la malicia y egoísmo de los ricos les habían situado. Estos asesinatos diferían del clásico asesinato político en que no pretendían una finalidad política concreta; eran asesinatos «ejemplares», y las balas, o la bomba, igual podían ir dirigidos contra un rey o presidente de gobierno que contra un grupo de pacíficos burgueses espectadores de una función de ópera. Si eran más frecuentes los asesinatos del primer género, lo eran por su mayor espectacularidad. Los grupos, y más frecuentemente los individuos aislados que practicaban, o simplemente propugnaban, la «propaganda por el hecho», fueron siempre muy poco numerosos, pero varias causas de tipo histórico hicieron que la opinión pública llegase a identificar terrorismo y anarquismo: postura anarquista ambigua ante asesinatos concretos, filiación política o simpatías de los asesinos, leyenda promovida por las características de los hechos en sí y por grupos interesados en ello.

El anarquismo como fenómeno histórico

Aun cuando en el mundo de las ideas, o en el de los movimientos sociales, siempre ha habido socialismos de diversos matices (1), hay que esperar a fines del siglo XVIII para encontrar algo que con propiedad pueda ser calificado de anarquismo o de su precedente inmediato (2). Esto ocurre con William Godwin, quien en 1793 publica su «Enquiry Concerning the Principles of Political Justice», y que puede considerarse como un claro precedente de los autores que, desde mediados del siglo siguiente, irán exponiendo la ideología anarquista en sus distintas variantes.

Si se exceptúa el caso de Max Stirner, máximo exponente del anarquismo individualista, y cuya obra «El Único y su Propiedad» (1844), a pesar de haber sido acusada de suprema inmoralidad, es un intento serio de justificar en términos racionales la ética immanentista, los restantes autores anarquistas deben ser contemplados en estrecha relación con los movimientos políticos y sociales en que estuvieron inmersos. De hecho, y de diversas formas, estos autores intentan ensamblar ideas, frecuentemente contradictorias entre sí, que estaban de moda en el convulso ambiente social del siglo XIX.

El primer autor anarquista a considerar es el francés Pierre Joseph Proudhon (1809-1864), autodidacta y prolífico que, aun sin intervenir directamente en los movimientos sociales de su época, tuvo una indudable influencia en el sindicalismo francés, así como en círculos intelectuales y políticos tanto franceses como españoles. Las ideas de Proudhon fueron calando en los obreros franceses, en particular su negativa a cualquier centralización del poder y su ideal de autogestión de la «fuerza colectiva» del trabajo. Los obreros «proudhonianos» formaron la tendencia dominante en la Asociación Internacional de Trabajadores durante los cuatro primeros años de esta asociación, pero poco a poco fueron perdiendo terreno ante el ala marxista que finalmente, en 1868, se hizo con la mayoría e impuso sus puntos de vista abiertamente favorables a las colectivizaciones.

Es entonces cuando Miguel Bakunin aparece en la escena de la Internacional. Se trata de la personalidad anarquista más conocida; aristócrata, impenitente revolucionario, personaje casi mítico y enemigo declarado de K. Marx. Los enfrentamientos entre estos dos hombres contribuyen en gran medida a que la I Internacional deje ya de existir en 1873. Lo que oponía a estas dos fuertes personalidades, y a sus respectivos discípulos, era demasiado

para que pudieran convivir en el seno de una misma asociación: Marx preconizaba la acción política de los obreros, y Bakunin la rechazaba; Marx quería que el Consejo General de la asociación pudiera dar órdenes a las secciones nacionales; y Bakunin rechazaba todo centralismo y quería una federación de las secciones...

Al extinguirse la I Internacional perduraron tres federaciones anarquistas nacionales importantes: la española, la italiana y la jurásica (Suiza), todas ellas herederas de las doctrinas de Bakunin.

En 1868, Bakunin había fundado una asociación anarquista secreta, la Alianza de la Democracia Socialista, y por encima de ella, otra, todavía más secreta, la de los Cien Hermanos Internacionales, con el objeto de actuar como «una sociedad secreta en el corazón de la Internacional, para darle una organización revolucionaria, para transformarla, y a todas las masas populares existentes fuera de ella, en un poder suficientemente organizado capaz de destruir la reacción “político-clerical-burguesa” y todas las instituciones jurídicas, religiosas y políticas del Estado».

Bakunin pretendió que esta sociedad fuese admitida en el seno de la Internacional, cosa que no logró, y hubo de disolverla (cosa nada difícil, pues se componía sólo de un puñado de amigos, como era frecuente en todas las sociedades secretas fundadas por Bakunin); sin embargo, este modelo de sociedad secreta, concebida para permear y vitalizar con las ideas anarquistas a las asociaciones de trabajadores, ha sido una constante en el desarrollo del anarquismo español.

En sus comienzos, el anarquismo prendió en artesanos, en algunos pocos intelectuales y profesionales, mientras que fracasó entre el proletariado urbano; así, por ejemplo, en Barcelona, donde los obreros eran contrarios a las colectivizaciones, por considerarlas contrarias a la libertad, y donde los primeros anarquistas fueron inmigrantes andaluces. En el Jura suizo, que durante doce años fue el centro de irradiación de las ideas bakunianas, el grueso de los efectivos anarquistas lo componían los artesanos relojeros, que trabajaban en sus domicilios, y algunos pocos estudiantes.

Cuando los anarquistas fueron expulsados de la Internacional, en Saint Imier, en el Jura, se formó una nueva Internacional «antiautoritaria», exclusivamente bakuniana, y sus afiliados, además de los relojeros suizos, se extendían por los países mediterráneos. Su organización, a diferencia de la Internacional marxista, era mucho más descentralizada, y el Consejo General sólo era una «oficina de correspondencia y estadística». Su cohesión se mantenía por los viajes y encuentros frecuentes de los líderes de las distintas federaciones. Ningún cargo era remunerado, y esta práctica, distintiva, fue un timbre de orgullo mantenido siempre por las organizaciones anarquistas. Los «apóstoles de la idea» viajaban de lugar en lugar, en mula, carro o tren, según podían, y vivían de la hospitalidad de otros adeptos con mejores posibilidades económicas.

El anarquismo, tanto en España como en Italia, prendió con fuerza en los ambientes rurales, donde adquirió un acusado carácter mesiánico y cuasi-religioso, al incidir en unas masas miserables e incultas que veían en las nuevas doctrinas una explicación a todos sus males y una promesa de liberación. Los documentos de la época relatan el entusiasmo de los «conversos», frecuentemente analfabetos, que se hacían leer los textos de propaganda hasta aprendérselos de memoria y transmitirlos oralmente a otros; la atmósfera de arrebatos en sus asambleas, su rechazo del alcohol o del tabaco, el mantenimiento de la castidad durante los días de huelga, etc., todo lo cual, junto con su odio declarado a la religión, denota un amasijo de sentimientos religiosos, frustraciones, miseria, ignorancia, generosidad... verdaderamente espectacular, proyectado en un milenarismo fanático y militante: No se sabe cómo, pero

después de cualquier huelga –emprendida con el convencimiento de ser la decisiva, y que casi siempre reunía los requisitos para ser un verdadero fracaso por su inoportunidad (normalmente en épocas de mucho paro), o después de cualquier algarada o motín, en el que frecuentemente se quemaba la iglesia–, debía advenir una nueva sociedad en la que ya no habría ricos ni pobres, y donde todos podrían vivir felices (incluidos los entonces ricos). No habría ni Guardia Civil ni curas ni mandamientos de ningún tipo. Un hecho que debe ser destacado es el de que los campesinos sin tierras, aparceros, e incluso pequeños propietarios de Andalucía, no pensaban en colectivizar la tierra; en este aspecto eran claramente heterodoxos con respecto a las doctrinas de Bakunin: su gran meta era el «reparto». El anarquismo andaluz era claramente pasional. Era un profundo y exasperado deseo de pan, de libertad y, a veces, de revancha.

En las dos últimas décadas del siglo XIX se desarrollaron dos fenómenos de importancia en relación con el anarquismo: la ola de violencia y atentados terroristas, con la correspondiente reacción de violencia antianarquista, y la controversia entre anarcocolectivistas y anarcocomunistas. Respecto del primer fenómeno, hay que decir lo siguiente: a finales de la década de los ochenta se produjo en toda Europa una represión antianarquista y, probablemente a consecuencia de ella, una importante regresión de los sindicatos; en el caso de Suiza, además, había que añadir una fuerte crisis de la industria artesanal relojera. El resultado fue que el anarquismo quedó en gran medida desvinculado de las masas obreras, y los militantes anarquistas fueron evolucionando hacia la creación de reducidos grupos secretos, e incluso hacia el terrorismo: hacia la «propaganda por el hecho».

Esta evolución fue particularmente clara en Italia, donde la policía, bastante eficaz, consiguió que los líderes anarquistas se quedasen prácticamente solos. Para volver a despertar a unas masas que se les habían escapado, estos líderes empezaron organizando actos de sabotaje espectaculares y, una vez colocados en esta peligrosa pendiente, fueron desliziándose por ella hacia el asesinato puro y simple, probablemente espoleados, en no pequeña medida, por una represión durísima y frecuentemente inhumana.

En España, durante estos años, el terrorismo constituyó un mal crónico. El atentado igual podía consistir en el asesinato del Primer ministro Cánovas del Castillo, o en la explosión de una bomba en el Liceo de Barcelona, matando a una veintena de personas. Y junto a esto, en Andalucía: motines, conspiraciones, leyendas y terrores.

Respecto de la controversia entre anarcocolectivistas y anarcocomunistas, hay que distinguir dos niveles: en el nivel más teórico, se discutía si en la sociedad post-revolucionaria la colectivización abarcaría toda clase de bienes, tesis ésta anarcocomunista defendida por el líder anarquista de más prestigio en esos momentos: el príncipe Pedro Kropotkin, o si sólo serían colectivos la tierra y los medios de producción, que era la tesis anarcocolectivista defendida por muchos líderes sindicales y por Errico Malatesta. Junto a esta controversia de tipo teórico, existía otra, ligada con la anterior, sobre un aspecto muy práctico y de indudable importancia: ¿Las sociedades anarquistas debían estar reservadas únicamente a anarquistas convencidos o, por el contrario, debían estar abiertas a todos los obreros que en ellas quisieran entrar? La controversia se resolvió a favor de los anarcocolectivistas, que defendían esta segunda opción, y que estaba plenamente en línea con el anarcosindicalismo unos pocos años después.

Otro hecho interesante a resaltar en los últimos años de siglo y principios del siguiente, una vez concluido el período de terrorismo, es el énfasis puesto por los anarquistas en la educación general de las masas, tanto de los adultos como de los niños. Crearon escuelas en las que se daba una instrucción general, al mismo tiempo que se infundía la doctrina anarquista,

y en forma muy destacada el odio a la Iglesia Católica y a sus «perversas doctrinas». Esta estrategia cultural, plenamente coherente con las ideas de todos los pensadores anarquistas, se complementó también con una estrategia de «acción directa» que, a nivel de idea, llegó a gozar de una unánime adhesión: la huelga general se convirtió, de nuevo, en el mito electrificante y esperanzador, y se vio en ella el procedimiento infalible, y al alcance de la mano, para transformar la sociedad. Georges Sorel fue su cantor máximo.

Poner el énfasis en la huelga general significaba volver a ponerlo en las relaciones laborales y, concretamente, en el sindicalismo. Había que unir a todos los trabajadores, independientemente de su profesión, ideas políticas o religiosas; darles una conciencia de clase y un espíritu de lucha. Esta conciencia de clase y este espíritu de lucha se irían adquiriendo, por un lado, a través del indoctrinamiento anarquista y, por otro, por las huelgas parciales de tipo reivindicativo laboral que serían apoyadas por los anarquistas como medio de cohesionar al proletariado y de prepararlo para el día que se decretase la huelga general.

El anarcosindicalismo consideraba al sindicato como la estructura fundamental de lucha contra la burguesía y, además, como la estructura en la que había de basarse la futura sociedad anarquista.

El sindicalismo revolucionario de finales de siglo XIX y principios del XX, sobre todo en Francia, es un sindicalismo muy influido por las ideas proudhonianas y, aunque en menor medida, también se nota esta influencia en España e Italia. Es muy significativa la llamada «Carta de Amiens», por la que los sindicalistas franceses se comprometen a eliminar la política del seno de los sindicatos, y a valerse por sí mismos (acción directa), declarando como arma fundamental de lucha la huelga general.

Fue, sin embargo, en el sindicalismo español, donde la influencia anarquista consiguió ser más duradera. En 1909 se fundó la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), que desde entonces y hasta la guerra civil de 1936-1939, fue dominada por los anarcosindicalistas y llegó a ser la central sindical más importante del país; en 1927 se fundó la Federación Anarquista Ibérica (FAI), muy al estilo de Bakunin, para encuadrar a una elite anarquista que había de velar por la pureza de las ideas y de la orientación en el seno de la CNT, evitando que degenerara en el reformismo o cayese en manos de los comunistas, sus más encarnizados enemigos, como quedó patentemente demostrado durante la guerra civil española. □